

**La flor muerta
del algodón**

NEREA ROJAS

en el mar
editorial

Primera edición: febrero de 2020

Segunda edición: noviembre de 2020

© Texto: Nerea Rojas

© Corrección: Nerea Rojas y ediciones en el mar

© Diseño cubiertas: Celia López Bacete

Instagram: @celialopbac

www.celialopezbacete.com

© Maquetación y diseño interior: Lara Losada

ISBN-13: 978-84-120371-6-6

Depósito legal: D.L. TO 10-2020

Impreso en Madrid, España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.

A mi madre

Algodón tiene bonitas flores blancas y rojas.

La historia de mi vida, HELLEN KELLER

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera.

Pedro Páramo, JUAN RULFO

Hay que salvar, no a la flor, sino a las palabras

Cuadro, ALEJANDRA PIZARNIK

El primero de la estirpe está amarrado en un árbol y
ormigas.

Cien años de soledad, GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Génesis

CANCIÓN DE CUNA

¿Quieres que te cuente un cuento recuento
que no se acabe nunca?

No te pido que me digas ni que sí
ni que no, cariño,
sino que si quieres que te cuente un cuento
recuento
que no se acaba nunca?

Estás sola.

Estás sola.

Y un día tendrás dolor.

El cuadro del dolor, ANA CASTRO

I

Comprender que las dentelladas que profiere
este cuerpo tienen un origen
es aceptar que las merezco.

Si exploro esta sentencia,
¿hallaré algo detrás del dolor?

La tierra aplasta los huesos
y bajo mis uñas ya guarece
todo cuanto pueden escarbar.
Mas los dedos insisten trepidantes:
hay algo escondido que vocea,
suplica oxígeno, casi reza.

¿Hallaré algo detrás del dolor?

II

Un día aciago

esta brusquedad en el vientre me descubre
que el cuerpo conoce la memoria.

Tanto escudriñar entre lo que subyace a la piel
es inútil. Estas manos visibles
son tan sabias como el órgano para respirar.

El muro que los separa es un cuento,
una ficción que se derrumba
ante la organicidad del dolor.

La memoria es habitar el retorno.

El cuerpo *es* porque *vuelve*,
y si no regresara de ningún lugar,
si este dolor no regresara de ningún lugar,
pienso esperanzada que se sofocaría.

Toda su agilidad es un don adquirido,
crecido después de que un día,
oscuro como este,
quisiera ser descrito.

La memoria, las manos,
el tórrido aire que sorbo sin medida
sepultan ensayos de decirse.
Me sobresalto: los ojos se expanden.

Tal vez este dolor sea un lenguaje.

III

He acogido esta herencia
como un pueblo se enuncia en una lengua
antes de conocer que la concibió otro pueblo.

La he acogido y ahora es mía.

Recibí el hiato en mi propio nombre,
esa palabra desmenuzada que se duplica
para consolar a los bebés: *ea, ea*.

La cuna del dolor salmodió esta nana.

Toda una descendencia de mujeres
fue mecida bajo el mismo término.

La familia en un balbuceo: *ea*.

—¿cuál es la franja del amuleto familiar
a partir de la cual es posible que una niña
articule mutiladas las palabras? —.

Luego de la historia,

los verbos modulan el presente
y reparan en designar un plural.

Somos, amamos, torcemos,

me concentro en conjugar el estrato que me atañe

no olvidando el susurro de un futuro dislocado
que reclama: seamos.

IV

He comprendido por fin lo que me hará reconciliar
la carne cercana y la que no reconozco.

He comprendido que la enfermedad no tiene
un cuerpo ajeno.

Soy la misma que se reduce,
cuando las entrañas se estrujan tras el ombligo,
que ahora.

Este cuerpo también lo poseía mi madre.

Este cuerpo, que es dolor, es mío.

No *cuerpo-comodín*, no *cuerpo-transitorio*,
no algo diferente cuando lo que hay tras el ombligo
se vuelve contra mí.

Esta incertidumbre
entubada en lo morado que cuelga
se agolpa con el horror.

La incertidumbre que me cortaron al nacer
y que me unía a ellas
no ha desaparecido nunca.

El horror:

esto también retuvo

a las que antes me poblaron.